

Carta

A la Hermandad del Rocío de Sanlúcar de Barrameda en el 350 aniversario de su fundación

Constituye para mí una grata satisfacción pastoral dirigirme a la Pontificia, Real, Fervorosa y Antigua Hermandad y Cofradía de Nuestra Señora del Rocío de Sanlúcar de Barrameda, para felicitar a todos los Hermanos en la celebración del 350º aniversario de la fundación de la misma. Aniversario que nos habla de un pasado, un presente y, oteando el horizonte con esperanza, con esas raíces hay que hablar también de un futuro prometedor y fecundo.

Mirando al ayer

En primer lugar, la celebración de tan dilatada experiencia de fe nos obliga a todos, y yo como Pastor me erijo hoy en portavoz de estos sentimientos, a extender una mirada al pasado, manifestando mi reconocimiento y mi gratitud a tantos Hermanos que han hecho posible a lo largo de estos años la vida de la Hermandad. A cuantos a lo largo de los siglos, unidos al “sin pecado” sanluqueño, han atravesado el Guadalquivir para caminar por las arenas del Coto con un objetivo común: el encuentro con la Blanca Paloma. A la multitud de peregrinos que, siguiendo la tradición de sus mayores, aprendieron a caminar por la vida agarrados de la mano del Pastorcito divino.

A tantos matrimonios que experimentaron la intercesión de la Blanca Paloma para que convirtiese el agua del egoísmo en vino nuevo del amor y del perdón. A tantos hombres y mujeres, en fin, que han recibido de la Virgen del Rocío, en la fe y en la esperanza, la fuerza y la alegría para afrontar serenamente las dificultades de la vida sin perder el entusiasmo por conocer un año más la experiencia del Lunes de Pentecostés. Y, ¡cómo no!, a tantos Hermanos que, gracias a su devoción rociera, encontraron de la mano de la Reina de las Marismas la puerta de “*las marismas eternas*”.

Viviendo el presente

En segundo lugar, debemos tener en cuenta el presente que nos obliga a no olvidar que nuestra pertenencia a una Hermandad con tantas vivencias de fe acumuladas nos exige vivir con coherencia nuestra vocación cristiana y nuestro ser rocieros, ya que requiere una lucha permanente contra la seducción idolátrica de una cultura, en el fondo pagana, y la mediocridad que siempre nos acecha. Es hacer ver, mediante el testimonio de una Hermandad unida como una familia, que merece la pena apostar por esta aventura espiritual que no decepciona.

Así, el buen rociero ante un mundo secularizado que se erige por encima de Dios y que quiere eliminarlo de la esfera pública y de todo el ámbito social, no deja de escuchar a María que le invita a abrir su corazón al rocío del Espíritu Santo que da la gracia necesaria para caminar en la humildad de saberse amado por Dios y redimido por la Sangre de su Hijo Jesucristo, ofrecida por la salvación de todos los hombres; es decir, la devoción a Nuestra Madre del Rocío nos invita a vivir en la verdad de que sólo el Señor, que “*vino a llamar a los pecadores*” (Cf Mt 9, 12) tiene el poder para “*transformar los corazones*” (Cf 1 Re 18, 37) y la gloria para llevarlo a cabo, puesto que es “*clemente y misericordioso*” (Cf 2 Cro 30, 9) y para Él “*nada hay imposible*” (Cf Mt 19, 26).

Por tanto, ser un buen rociero en un mundo donde es difícil vivir la fe, supone aceptar la invitación de la Blanca Paloma a manifestar públicamente la alegría de ser cristiano. Es la alegría que hemos presenciado en la JMJ en Madrid, en la que miles de jóvenes, testimoniaban su fe, contagiaban su esperanza y sin miedo a la extorsión de algunos y los desprecios de otros, hacían resplandecer el amor de Dios que permite “*no devolver mal por mal, sino vencer el mal con el bien*” (Cf 1 Pe 3, 9).

Es la alegría que se comparte y desborda en cada Pentecostés al son del tamboril, los cohetes y del tintineo de los bueyes, cantando los amores de nuestro Dios, que nos donó a su Madre para que nos acompañara en el peregrinar de nuestra vida. Y es el gozo de sentir la compañía del Pastorcillo Divino que nos muestra que Él es el “Enmanuel”, el Dios-con-nosotros que camina a nuestro lado y nos auxilia con la medicina del “*rocío del cielo*”, capaz de curar los corazones enfermos por el egoísmo y el materialismo del mundo.

En definitiva, ser rociero es ser cristiano, lo cual significa ser portadores en el mundo de una energía divina asombrosa. Es decir, nos lanza a encender, en medio de nuestra sociedad, cada día más individualista y materialista, los cirios del compartir, del amor y de la luz de Dios que a lo largo de todos estos siglos tan claramente ha resplandecido en la devoción rociera sanluqueña. Y, como decía el Papa Juan Pablo II durante el Jubileo del apostolado de los laicos del año 2000: «*Si sois lo que debéis ser, es decir, si vivís el cristianismo sin componendas, podréis incendiar el mundo*».

De cara al mañana

Por último, la celebración de esta efeméride centenaria nos responsabiliza con el futuro, de forma que podamos afrontar, en primer lugar, el reto de saber incorporar a esta devoción a las jóvenes generaciones de cristianos, que necesitan Hermandades y Comunidades que, a modo de carretas, emprendan unidas el camino de la fe. Este reto llegará a buen puerto si somos fieles al espíritu que hizo posible el nacimiento de la Hermandad, esto es, el amor a Cristo, a su Madre y a su Iglesia, vivido de una forma fraternal y comunitaria, haciendo ver que la auténtica felicidad no la da el egoísmo sino -como bien nos muestra Nuestra Señora del Rocío-, poner en el centro de nuestra vida y de nuestro corazón al Niño Dios que nos posibilita la entrega en el amor y en el servicio a los más necesitados, dando gratis lo que también, gratis y generosamente recibimos.

En segundo lugar, como miembros del Cuerpo de Cristo, la celebración de estos 350 años de vida cristiana nos llama a la Nueva Evangelización. No podemos quedarnos indiferentes ante la muchedumbre inmensa de hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos que viven “*como si Dios no existiese*”, que no conocen a Jesucristo y no sienten la compañía de una Madre que los consuele y los custodie en la soledad de la vida. Y para ello es necesario difundir la fe y vivir con intensidad la eclesialidad que conlleva vivir la comunión que nos constituye, no sólo en la Hermandad, sino con la Parroquia y con la Diócesis, asumiendo nuestra función en el Cuerpo de Cristo.

Finalmente, quisiera recordaros a todos los rocieros sanluqueños, especialmente a los enfermos y débiles, el espíritu del peregrino que sabe que el Rocío es camino, es belleza y es sobre todo sabiduría y certeza de que la Madre de Dios está siempre con el corazón y el oído abierto para escuchar y darle cobijo a sus hijos que, cansados y sudorosos de andar por los caminos y “*vereas*” de la vida, llegan a Ella para recibir consuelo en sus penas y compartir generosamente sus alegrías.

Muchas felicidades por el 350 aniversario. Que Dios os bendiga y os acompañe para poder seguir gritando con fuerza: ¡Viva la Virgen del Rocío!, ¡Viva esa Blanca Paloma!, ¡Viva el Pastorcito Divino!, ¡Viva la Hermandad Matriz!, ¡Viva la Hermandad de Sanlúcar! Y ¡¡Que viva la Madre de Dios!! .

+ **José Mazuelos Pérez**
Obispo Asidonia-Jerez